

La Razón , febrero 2003

Petróleo y energías renovables

Aún a riesgo de ser tachado de oportunista, mejor dicho, con descarada intención de buscar la oportunidad del comentario, quiero aprovechar esta tribuna para invitar a la reflexión sobre la relación entre el principal tema de actualidad de nuestros días -la anunciada guerra contra Irak- y la baza estratégica que suponen las energías renovables.

"No más sangre por petróleo" es uno de los slogans más llamativos que hemos podido escuchar y leer estos días en las multitudinarias manifestaciones celebradas en las principales ciudades de todo el mundo. No nos pondremos todos de acuerdo en qué grado esta guerra es la guerra del petróleo, pero nadie dudará que el combustible fósil está detrás, sino es la clave, de las belicistas intenciones del presidente norteamericano. Y lo está porque Irak es un país importante en la escena mundial en la medida en que dispone de uno de los principales yacimientos del planeta; lo está porque Irak -como otros países de la zona- puede disponer de medios para ser considerado un enemigo en razón de sus ingresos por sus exportaciones de crudo; y, lo está porque Estados Unidos necesita controlar el mercado del petróleo para asegurar sus necesidades poco contenidas en este ámbito.

Desde 1973 Occidente ha tenido tiempo y muchas oportunidades de reflexionar y actuar sobre el hecho de que nuestra dependencia del petróleo es una espada de Damocles sobre nuestra seguridad, sobre nuestra economía y lastra todas las perspectivas de crecimientos económicos estables. Este modelo energético, basado en la combustión de fósiles con la muleta de la energía nuclear, abre aún más la brecha con los países en vías de desarrollo que ven como la energía -en este modelo- es un lujo fuera de su alcance.

El petróleo es y deberá seguir siendo un elemento clave de nuestra cesta energética, en la que nadie puede jugar a la exclusividad, pero sería suicida para nuestras sociedades no buscar un equilibrio con un modelo energético basado en el ahorro, la eficiencia y las energías renovables, las que hoy están demostrando ya sus posibilidades y las que están por venir. No toca hoy hablar de los impactos ambientales de ese viejo modelo energético, que en nuestro país ha alcanzado también tristemente la primera página de la actualidad con el Prestige, pero sólo el aspecto estratégico reclama por sí mismo un giro en nuestras políticas energéticas más allá de los tímidos pasos ya dados -por importantes que puedan parecernos en términos relativos- frente a la inmensa tarea que queda por hacer.

Hace apenas doce años a alguien que puso en un papel que en España podríamos tener en el año 2000 190 MW de potencia eólica instalada le tacharon de utópico. La realidad es que entramos en el nuevo siglo con 2000 MW y hoy tenemos 4830 MW. Es sólo una muestra de que hay muchas más posibilidades de las que a ciertos grupos les interesa reconocer. Las renovables, como energías autóctonas son una parte, un camino en la solución a esa nefasta dependencia.

Manuel de Delás
Secretario General
Asociación de Productores de Energías Renovables-APPA